

y por palabras solamente; pero sin poner mis manos entre las del rey de Francia.

— En ese caso, monseñor, dijo Artevelle levantándose y descubriéndose al mismo tiempo, en ese caso vuestra alteza puede hacer lo que tenga por conveniente.

— Vamos, tú eres mas fino que yo, compadre, dijo Eduardo tendiendo su mano á Artevelle.

— Y probaré á vuestra alteza, respondió Santiago inclinándose, que los ejemplos de confianza y lealtad que me habeis dado, no quedarán perdidos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

CONQUISTA DE CADSAND

Nuestros dos interlocutores habían dicho verdad; Eduardo III, fuese por azar ó por providencia, no tenía, cuando rindió homenaje al rey de Francia en la ciudad de Amiens, puestas sus manos entre las del rey Felipe de Valois. Así que terminó la ceremonia, el señor feudal se quejó con el vasallo de esta omision, el cual respondió que no sabia que era tal la costumbre de sus feudatarios, pero que iba á volver á Inglaterra á consultar los cargos y privilegios, donde las condiciones del homenaje estaban consignadas. En efecto, de vuelta á Londres, Eduardo vió que este punto importante había sido omitido por él, y consintió que en las cartas patentes donde debía constar, se pusiera que todo había pasado en las reglas consiguientes á esta ceremonia, y constaba que el auto había sido jurado, y que LAS MANOS DEL REY DE INGLATERRA HABÍAN SIDO PUESTAS ENTRE LAS DEL REY DE FRANCIA.

Resultaba de esto que Eduardo, tan hábil teólogo como Santiago de Artevelle, no se creía obligado con este acto de homenaje, que mencionaba como un entero reconocimiento de vasallaje, y que verdaderamente habia quedado incompleto á su favor.

Las ciudades de Flandes se hallaban así, como lo hemos visto, por el arbitrio del papa aliadas con Felipe de Valois, de suerte que por el medio indicado á Eduardo, escapaban á la vez del tributo y de la excomunion pontifical. Todo esto puede ser que fuera un poco sutil para una época, en la cual los caballeros y comerciantes tenían aun el honor de guardar fielmente su palabra; pero este rompimiento con la Francia era á un mismo tiempo tan favorable á los intereses de Eduardo III y Santiago de Artevelle, que era menester tener los ojos muy linceos para dar á su agresion el falso aire de lealtad. Fuera de las cosas convenidas y quedadas, como lo hemos dicho en el último capítulo, con Santiago de Artevelle, Eduardo III no tenia mas que hacer que esperar á que volviesen los embajadores que habia enviado á Juan de Hainaut, su suegro, y á monseñor Adolfo de Lemark, obispo de Lieja.

Estas vueltas debian estar ya bien próximas: los enviados no debian volver á Inglaterra, sino á Gante, donde esperarían las órdenes del rey, ignorantes como estaban de que los habia precedido allí.

Entretanto, el rey desechó su incógnito; pero deseando con todo y á pesar de la confianza que tenia en su nuevo aliado hallar en caso de necesidad un punto de defensa, escribió á Gualtero de Mauny que le enviase quinientas lanzas y además dos mil ar-

queros, y que con esta escolta viniese á caer sobre la isla de Cadsand, que dominaba la embocadura del Esquelda occidental, y que debia en caso de traicion ofrecerle un lugar seguro y de defensa: esta toma debia parecer tanto mas natural, como que al primer aspecto ella presentaria, no una precaucion inspirada por el temor, sino un puro y simple cumplimiento de una promesa hecha.

Pocos dias despues llegaron á Gante los otros dos embajadores.

A estos les causó no poca admiracion el ver que era Eduardo en persona el que los esperaba en Gante; pero por otra parte conocian la prudencia del rey, y sabian que su carácter aventurero no le llevaba jamás mas lejos de lo que deseaba ir. Ellos se tranquilizaron bien pronto, y sobre todo los caballeros, al valor de los cuales toda expedicion aventurada era simpática y familiar; el obispo de Lincoln solo aventuró algunas observaciones; pero Eduardo las interrumpió pretextando tener vivos deseos de conocer el nuevo resultado de la doble embajada.

El obispo de Lieja habia rehusado toda alianza contra el rey Felipe, y por mas que los enviados hicieron por convencerle, no pudieron sacar de él nada en contra de la Francia.

En cuanto á monseñor el conde de Hainaut, los embajadores de Eduardo se lo encontraron en cama, donde estaba (como Santiago de Artevelle lo habia dicho) con un violento ataque de gota. No obstante sabiendo de dónde ellos venian, y que su hermano se hallaba entre ellos, los habia hecho entrar al instante, y despues de haberlos escuchado con una pro-

funda atención, había respondido que tendría un gran placer en que el rey de Inglaterra no abandonase su designio, atendido á que él amaba mas cariñosamente á Eduardo por ser su yerno que no á Felipe, su cuñado, el cual le había hecho un solemne desaire, relevando al jóven duque de Brabante del casamiento tratado, hacia largo tiempo, entre él é Isabel de Hainaut; que por esta razon, pues, él ayudaria con todo su poder á su querido y amado hijo el rey de Inglaterra. Mas él había añadido que para la ejecucion de un semejante proyecto, necesitaria una ayuda mucho mas fuerte que la suya; que el Hainaut era un país demasiado pequeño para competir con la Francia, y que la Inglaterra estaba demasiado lejos, para, en caso de que se ofreciera, prestarle socorro.

— Querido hermano, interrumpió entonces Juan de Hainaut, lo que vos decís es tan justo, que nosotros no dudamos que los consejos que nos dáis sean los mas sanos para seguirlos; así rogamos nos digáis lo que nos conviene hacer en estas críticas circunstancias.

— ¡Por mi alma! respondió el conde, yo no encuentro señores mas poderosos para ayudarlo en sus empresas como el duque de Brabante, que es su primo hermano; despues el conde de Gueldres, que ha contraído matrimonio con Eleonor, su hermana; monseñor Valrame de Juliers, arzobispo de Colonia; el conde de Juliers, el caballero Arnáldo de Blankenheym y el caballero Fauquemont; pues todos ellos son buenos guerreros, y levantarán bien, si el rey de Inglaterra quiere encargarse de todos los pertrechos para la campaña, ocho ó diez mil lanzas bien tem-

pladas. Si el rey mi hijo, y vuestro señor, tiene todos estos señores en su favor, no vacilaré entonces en decirle que pasaré la mar é iré á combatir contra el rey Felipe hasta mas allá de la ribera de Oisi.

— Vos decís sabiamente, mi muy querido hermano, y se tratará de harcerlo como vos lo habeis indicado, respondió Juan de Hainaut.

Y sabiendo con qué impaciencia Eduardo lo esperaba, á pesar de las instancias del conde, partió el mismo dia con Guillermo de Salisbury, su compañero de viaje, para encaminarse al sitio indicado, aunque estaba muy lejos de pensar que el rey Eduardo en persona lo esperase.

Hemos visto ya como la fortuna, de acuerdo con los saludables consejos del conde de Hainaut, había puesto al rey de Inglaterra en relaciones con el obispo de Colonia, el conde de Juliers y el caballero Fauquemont, cuando, bajo el nombre de Walter, había asistido al almuerzo de Santiago de Artevelle: Eduardo estaba cierto de hallar entre ellos, salvo el agrado del emperador, unos aliados leales y valientes.

No había mas que ocuparse sino del duque de Brabante, y de Luis V de Baviera, que ocupaba el trono imperial.

Los dos embajadores volvieron á partir inmediatamente: esta vez iban dirigidos al duque de Brabante y al emperador. Los enviados debían invocar cerca del duque de Brabante las relaciones de amistad y de familia que le unían al rey de Inglaterra, y tratar de obtener de él una participacion armada y que favoreciese los proyectos de Eduardo contra la Francia.

En cuanto al emperador, iban encargados de recordarle que Felipe de Valois, contrariando su tratado, que le prohibía comprar nada en tierras del imperio, había adquirido las fortalezas de Creve-Cœur en Cambresis, y el castillo de Arleux-en-Pueble, y además de decirle de parte del rey Eduardo, que él haría de su derecho el suyo y de su querrela la suya, con la sola condicion de que el emperador concediese á los señores que dependian de él el permiso para desafiar al rey de Francia.

Entretanto Gualtero de Mauny había recibido en Londres la orden del rey, y se daba prisa para ponerla en ejecucion; además de la adhesion al rey de Inglaterra, estaba predispuesto por su carácter aventurero á una escaramuza, donde queria desplegar todo su valor y adquirir nuevo renombre.

La expedicion era pues á propósito, segun su deber, como fiel servidor, y segun su deseo como valiente caballero. La hizo en consecuencia, y sin perder un instante participó la orden del rey al conde de Derby, hijo del conde de Lancastre, el del pescuezo tuerto, al conde de Suffolk, al caballero Reynaldo de Cobham, al caballero Luis de Beauchamp, á Guillermo de Fitz-Warwick y al de Beaucherc, que había escogido para repartir con ellos el honor de esta peligrosa conquista. Cada uno al instante hizo de su parte los preparativos necesarios: los barcos de guerra atravesaron el Támesis hasta Londres, donde se les suministraron armas y viveres; dos mil arqueros fueron reunidos y embarcados; en fin, los caballeros y sus escuderos se embarcaron á la vez á bordo de sus navíos, que inmediatamente llevaron sus anclas, y vinieron, aprovechándose

del reflujo que los llevó, á la vista de Gravesend.

Al dia siguiente se quedaron en Margata; en fin, al tercer dia entraron en la mar, y bogaron y navegaron tanto y tan bien, á la vela y al remo, que no tardaron en divisar las tierras de Flandes.

Al instante que ellos las apercibieron, se dispusieron á hacer el desembarque, y siempre costeano la ribera llegaron por fin á la vista de la isla de Cadsand, á las once de la mañana del dia de San Martin.

Al primer golpe de vista que ellos echaron sobre la isla, los caballeros ingleses desecharon la esperanza de sorprenderla; los centinelas los habian ya apercibido y dado la voz de alarma; de suerte que sin ningun obstáculo veian la guarnicion, que se componia de diez mil hombres al menos, salir de las murallas y formarse sobre la playa en orden de batalla.

No obstante, como ellos tenian el viento y marea á su favor, juraron á Dios y á san Jorge que se aproximarian. Ordenaron pues sus navíos en una sola línea, se armaron, y formados de dos en dos, hicieron tocar los tambores y cornetas, encaminándose á la dicha isla. Desde entonces no quedó duda á los de Cadsand; por otra parte, á proporcion que los sitiadores aproximaban sus guerreros, podian reconocerse sus pendones formados segun las ordenanzas de entonces, y verlos lo bien que venian guardados, pues venia mandada la expedicion por diez y seis caballeros.

Si los Ingleses contaban en sus filas un buen número de caballeros expertos y valientes, sus enemigos no eran menos ricos en hombres de valor y ciencia. En su primera fila se encontraba á M. Guy de

Flandes, hermano bastardo del conde Luis, que arremetía á sus compañeros á la pelea; despues al duque de Hallewyn, M. Juan de Rodas y M. Gil de la Estriff: y como ellos veian sobre el puente de los navíos á los Ingleses hacer sus caballerescas operaciones, no quisieron ser menos que estos, y comenzaron á armar los suyos: y así que fueron armados los Flamencos, M. Simon y Padro Brulledent, M. Pedro de Englemoustiers y otros varios y bravos compañeros y nobles hombres de armas, ardientes de odio y valor, desearon tanto de una parte como de otra que llegara la hora de venir á las manos.

Los dos partidos dieron su voz de guerra, y al instante, como ya estaban tomadas todas las disposiciones, los que dieron principio á aquella sangrienta lucha fueron los arqueros ingleses, los cuales, formados en órden de batalla, hicieron caer sobre los de la isla una lluvia de flechas tan terrible y precipitada, que los que, guardaban la ensenada, como no podian evitar los mortales golpes que les destruian, se vieron precisados á retroceder; pues preferian un combate cuerpo á cuerpo sobre la playa, á esta lucha tan distante que habian emprendido los Ingleses, y en la cual llevaban toda la ventaja. Ellos se retiraron pues fuera de la orilla; y entonces los Ingleses saltaron á tierra; pero apenas lo habian hecho la mitad de los que se hallaban en los buques, cuando sus adversarios cayeron sobre ellos tan decididos, que en el choque, los que habian ya venido á tierra tuvieron que volver, de suerte que los caballeros que estaban á bordo de los buques, no sabiendo dónde saltar y estrechados entre tanto por los que venian detrás de ellos, fueron obligados á saltar al

mar. Al mismo instante se oyó en medio de aquel tumulto la fuerte y aterradora voz de Gualtero de Mauny, que volvió á sus enemigos diciendo: *Lancastre, al conde Derby*. En efecto, este último habia recibido un golpe de maza sobre la cabeza, y en el movimiento retrógado que habia hecho, los Ingleses lo habian abandonado, dejándolo tendido entre otros en el campo de batalla; de modo que los Flamencos viéndole en la cabeza un casco coronado, se lo llevaban; pero Gualtero de Mauny mirándole en manos de los Flamencos, sin esperar á mayor refuerzo, se arrojó de nuevo sobre sus adversarios, y á su primer golpe de hacha cayó muerto á sus piés Simon Brulledent, que era el primer jefe de la vanguardia.

Los que llevaban al conde Derby, lo dejaron, el cual cayó sobre la arena desvanecido. Gualtero de Mauny le puso un pié encima, y así le defendió sin recular un paso, hasta que su protegido fué volviendo en sí. Al fin y al cabo no estaba herido, sino un poco atontado; de suerte que apenas volvió á recobrar sus sentidos, cuando se levantó, y cogiendo la primer espada que encontró á manos, se puso sin decir una sola palabra á combatir con un esfuerzo que era solo de una fiera, y como si nada le hubiera sucedido, dejando para un momento mas oportuno el dar las gracias á Gualtero de Mauny, juzgando que la hora era la mejor y mas á propósito para dar buenos tajos y estocadas, á fin de recobrar el tiempo perdido.

No obstante, aunque los Flamencos no retrocediesen ni un paso, la ventaja era visiblemente de los Ingleses, gracias á sus maravillosos arqueros, eternos trabajadores en sus victorias. Estos habian que-

dado en los buques, y por consiguiente dominaban el campo de batalla, y podían fácilmente cazar en medio de la lucha con la misma facilidad que se hace para coger en medio de un bosque á los ciervos y gamos, á los Flamencos que debían perecer bajo el acerado filo de sus largas flechas, tan duras y bien templadas, que tan solamente las corazas alemanas podían resistirlas, y que traspasaban con la misma facilidad que al cartón los jubones de cuero y las cotas de malla de los de la isla. Los Flamencos hacían también maravillas. Aunque siempre inferiores á las de los arqueros ingleses, porque la lluvia de flechas que á menudo caía sobre ellos, por mucho valor que los acompañara, no los podía librar de los muertos sin número que caían.

Ellos seguían la batalla, como ya lo hemos dicho, con un encarnizamiento horroroso.

En fin M. Guy, bastardo de Flandes, cayó también bajo un golpe de la terrible hacha del conde Derby, que se hizo de una trinchera provisional con su cuerpo, pero pronto vinieron los Flamencos á librarlo; mas con una fortuna enteramente adversa, pues queriendo socorrerlo, el duque de Hallowyn, M. Gil de Estriff y Juan de Brulledent fueron muertos: de modo que ya no quedaba mas jefe que M. Juan de Rodas; y este herido por una flecha, que le había pasado de parte á parte una mejilla.

Él pensó ordenar la retirada, pero este pensamiento era imposible de realizar. La prisión de M. Guy de Flandes, la muerte de veinte y siete caballeros que habían caído defendiéndose, y las innumerables flechas que caían sobre ellos, hacían que el campo donde pasaba aquella terrible escena pareciese ente-

ramente cubrirse de espigas, así es que sus pocos soldados se huyeron en desorden hacia la isla; entonces M. Juan de Rodas, no pudiendo hacer mas, se hizo matar en el mismo sitio en que habían muerto los otros. En aquel momento finalizó el combate, aunque con bastante carnicería; vencedores y vencidos entraron confundidos en Cadsand, los cuales peleaban todavía de casa en casa y de calle en calle cerrada cómo estaba la isla por un lado por el Océano y por el otro por un brazo del Esquelda, toda la guarnición ó se rindió prisionera ó fué muerta; y sobre seis mil hombres que la componían, cuatro mil quedaron en el campo de batalla. En cuanto á la ciudad, tomada como lo había sido por asalto y sin capitulación, fué entregada al pillaje y al saqueo: todo lo que se halló de algun valor fué sin dilación á bordo de los buques, y los Ingleses pusieron fuego á todas las casas; y esperaron que todas cayesen hasta la última; en fin, ellos se embarcaron dejando aquella isla tan bella, poblada y floreciente, caída, desierta y arrasada, del mismo modo que si ella hubiese permanecido salvaje é inhabitada desde el día en que salió del seno de la mar á la voz del Omnipotente.

Durante este tiempo, las negociaciones políticas habían marchado con el mismo éxito que las guerreras, la doble embajada había ya vuelto á Gante.

El duque de Brabante consentía en reunirse á Eduardo, con la condición de que este le pagaría una suma de diez mil libras esterlinas, contando además con las sesenta mil al término de la guerra; y él se comprometió á levantar mil doscientos hombres de armas, con la sola condición de que el rey Eduardo

les pagaria su correspondiente sueldo; además, él le ofrecía á título de pariente y de aliado su castillo de Louvain, como una residencia mas digna de un rey que la casa del cervecero Santiago de Arvelle.

En cuanto á Luis V de Baviera, su respuesta no fué menos favorable al conde de Juliers, que Eduardo habia agregado á sus embajadores: lo habia hallado en Floremberg y le expusieron la proposicion del rey de Inglaterra. Entonces Luis V habia consentido en nombrarlo su vicario para todo el imperio, que le daba derecho de hacer construir monedas de oro y plata con el retrato del emperador, y además le confiaba el poder de levantar las tropas en Alemania; dos enviados del emperador acompañaban la vuelta de la embajada, á fin da arreglar al instante mismo con el rey de Inglaterra la época, el lugar y los detalles de la ceromonia. En cuanto al marqués de Juliers, el emperador, para atestiguar la satisfacion que él sentia en su vuelta, lo hizo conde, además de su título de marqués que ya poseia.

Al dia siguiente Gualtero de Mauny llegó á Gante, despues de haber dejado su flota en el puerto de Ostende: venia á anunciar al rey Eduardo que sus órdenes estaban cumplidas, y que podia hacer pasar el arado y sembrar el trigo sobre el sitio donde habia estado hasta entonces aquel gran nido de piratas flamencos que le daban el nombre de la isla de Cadsand.

XII

DETALLES HISTORICOS

No obstante, el rey Felipe de Valois, contra el cual se hacian estos grandes preparativos de guerra, estaba ignorante de lo que contra él se tramaba. Él por su parte hacia tambien sus prevenciones para ir á ultramar á combatir á los enemigos de Dios: la cruzada habia sido predicada con un ardor entusiasta y febril, y el rey de Francia, viendo (segun refiere Juan Froissard) su reino enteramente decidido, se hizo, con gran beneplácito de los suyos, jefe de esta santa empresa, y en el instante se ocupó de buscar los medios para ejecutarla; en consecuencia, habia preparado el mas bello aparato de guerra que jamás se habia visto desde las cruzadas de Godofredo de Bouillon y del rey san Luis: desde el año de 1336 habia retenido los puertos de Marsella, de Aguas-Muertas, de Cette y de Narbona, y los habia poblado de una tal cantidad de navios, bajeles, galeras y barcas, que podian

con bastante facilidad llevar de trasportes sesenta mil hombres de armas, víveres y bajages. Al mismo tiempo habia enviado mensajes á Carlos Roberto, rey de Hungría, que era un religioso y valiente caballero, rogándole tuviera sus países abiertos para recibir á los peregrinos de Dios.

Lo mismo suplicara á los Genoveses y Venecianos, y habia dirigido semejante significacion á Hugo IV de Lusitania que poseia la isla de Chipre, y á Pedro II, rey de Aragon y Sicilia. Él habia prevenido por otra parte al gran prior de Francia en la isla de Rodas, á fin de proveerse de víveres, y por último se dirigió tambien á los caballeros de San Juan de Jerusalem, á fin de que se les suministrasen las provisiones cuando pasasen por la isla de Creta, que era de su propiedad. Todo estaba ya pronto en Francia y en la mayor parte del camino, tan largo como era: trescientos mil hombres habian tomado la cruz, y no esperaban mas para partir que la llegada de su jefe, cuando Felipe de Valois supo las pretensiones que Eduardo III tenia á la corona de Francia, y sus primeras embajadas á Flandes y al emperador: en aquel momento acababa de presentársele un bravo y leal caballero, llamado Leon de Crainheim, el cual venia como enviado del duque de Brabante. Este, fiel á su carácter doble y cauteloso, no le habia dado explícitamente su palabra al rey Eduardo, y aunque las sesenta mil libras esterlinas eran un bocado tentador habia reflexionado que si se malograba la empresa, quedaba expuesto á la cólera del rey de Francia.

Habia pues escogido en el instante uno de sus caballeros, que su reputacion de valor y lealtad fuese

acreditada, y le encargó de ir á buscar al rey Felipe de Francia y á decirle sobre su palabra, que él no temiera ninguna coalicion por su parte, que su intencion era no hacer ninguna alianza ni ningun tratado con el rey de Inglaterra; pero que siendo su primo hermano, no habia podido impedirle que viniese á hacerle una visita á su país, y que le habia ofrecido su castillo de Louvain, como el rey de Inglaterra lo hubiiera hecho, si el duque de Brabante hubiese ido á hacerle una visita á Londres.

Felipe de Valois, que conocia por esperiencia al duque de Brabante, le quedaron algunas dudas á pesar de todas sus protestas; pero el caballero Leon de Crainheim, del cual conocia el honor y la rigidez, pidió al rey quedar como en rehenes, respondiendo del duque de Brabante, y juró por su vida que lo que habia dicho era verdad: en consecuencia Felipe se apaciguó con esto, y el noble caballero, á contar desde aquel dia, fué tratado en la corte de Francia como huesped. Como quiera, y á pesar de esta promesa, viendo Felipe que si iba al viaje de ultramar dejaba á su reino muy expuesto, se ratificó en su idea, y por consiguiente suspendió la cruzada, hasta tener nuevas positivas sobre los proyectos del rey Eduardo III.

Entretanto como los caballeros y guerreros aliados estaban ya armados; les mandó á decir que esperasen, y que estuviesen prontos á romper las lanzas y espadas que habian preparado contra los infieles, á esgrimirlas ahora contra los cristianos; y al mismo tiempo, á fin de sacar el partido mejor que podia de aquel raro incidente, determinó él mismo declarar la guerra á Eduardo, á fin de quitarle de la cabeza la conquista de Francia, obligán-

dole á defender sus Estados antes de ir á meterse en los ajenos. Nos referimos á la llegada á París de los reyes de Escocia, los que, como hemos visto, habian sido derrotados por Eduardo, no dejándoles mas que cuatro fortalezas y un castillo.

Como nuestra larga y fiel alianza con la Escocia tiene una grande é importante página en la historia de nuestra edad media, es menester que nuestros lectores nos permitan digamos algo sobre los diferentes acontecimientos que la componen, á fin de que el grandioso cuadro que hemos empezado á bosquejar á su vista, no quede oscuro é incomprensible. Por otra parte, la Francia en aquella época era ya una poderosa nacion, sobre la cual era menester echar de cuando en cuando una inteligente mirada sobre sus acontecimientos, para poder dirigir bien los propios.

Gracias á la admirable obra de Agustin Thierry, sobre la conquista de los Normandos, los menores detalles de la expedicion del vencedor de Hastings son conocidos popularmente en Francia: al concluir pues esta época solamente, será desde donde echemos una rápida ojeada sobre la poética y encantadora tierra de Escocia, de la cual nació Walter Scott, el gran autor histórico y novelesco, el genio inventor de aquel país, cuyas obras son buscadas con denuedo y á porfía en el mundo literario.

Los reyes de Escocia que habian hasta aquel tiempo sido libres é independientes, aunque en continuas guerras con los reyes de Inglaterra, aprovechándose de la larga lucha interior que agitaba al imperio, habian agrandado su territorio á expensas de sus enemigos, habian conquistado de ellos si no tres pro-

vincias enteras, al menos la mayor parte de ellas; es decir, el Northumberland el Cumberland y el Westmoreland; pero como los Normandos tenian por el momento bastante que hacer con destruir á los Sajones, se mostraron indiferentes á las miradas de los Escoceses, y consintieron en la cesion definitiva de estas provincias, con la condicion de que el rey de Escocia rendiria homenaje por ellas al de Inglaterra, aunque permaneciese siempre para su Estado soberano libre é independiente. Esta era exactamente la situacion del mismo Guillermo. Dueño independiente de su conquista en ultramar, tenía su gran ducado de Normandía y sus otras posesiones del continente bajo el titulo de feudatario del rey de Francia, y de este tiempo data la ceremonia de feudalismo y homenaje. A causa de las condiciones de este homenaje, Eduardo III creia no haberlo cumplido con no haber puesto sus manos entre las del rey de Francia.

No obstante, era bien difícil que las cosas quedasen en aquel estado. A medida que la tranquilidad se estableció en Inglaterra, Guillermo y sus sucesores volvieron ávidamente sus ojos á la Escocia, aunque ellos no osasen tomar lo que antes hubiesen concedido; pero poco á poco fueron insinuándose que sus vecinos les debian homenaje, no solamente por las tres provincias conquistadas, sino aun por el resto del reino. De allí nace este primer periodo de combates que se terminó por la batallá de Newcastle, donde Guillermo de Escocia, apellidado Leon porque llevaba la figura de este animal sobre su escudo, fué hecho prisionero y obligado para rescatar su libertad á ser reconocido, no solamente por el Cumberland,

el Westmoreland y el Northumberland, sino por toda la Escocia, por vasallo del rey de Inglaterra.

Quince años despues Ricardo I, mirando esta condicion como injusta y arrancada por la fuerza, renunció á su derecho, y los reyes de Escocia, hallándose en su posicion de soberanos libres é independientes, no prestaron mas homenaje que por las provincias conquistadas.

Ciento ochenta años habian pasado, y reinado seis reyes en Escocia despues de haberse renunciado á este derecho, y como los Ingleses parecian haber prescindido de su antigua pretension de feudalismo, ninguna guerra se habia alzado entre los dos pueblos. Empero una prediccion se esparció entre los Escoceses, que habia salido de la boca de un sabio y muy venerado astrólogo, llamado Tomás el Poeta : que el 22 de marzo seria el día mas tempestuoso que jamás se hubiera visto en Escocia. Este día llegó, y pasó en medio del terror general en una serenidad muy notable; todos rieron de la prediccion fatal del astrólogo; pero se esparció la voz que Alejandro III, el último de los seis reyes, cuyo reinado habia sido la edad de oro para la Escocia, paseando á caballo por la orilla del mar en el condado de Fife, entre Bursntisland y Rynihorn, se habia aproximado demasiado á un precipicio, y precipitado de lo alto de una gigantesca roca, habia sido muerto del golpe.

Entonces todos conocieron que se cumplia la prediccion, y esperaron con resignacion el desastre que debia seguirla. El golpe no obstante no fué tan precipitado como podia esperarse : Alejandro habia muerto sin sucesor, pero una de sus hijas casada con

Enrique, rey de Noruega, habia dado á luz una preciosa niña, que los historiadores del tiempo la llamaban Margarita, y los poetas la apellidaban la virgen de Noruega. En su cualidad de nieta de Alejandro III, la corona de Escocia le pertenecia, y efectivamente fué coronada como tal.

El rey que reinaba entonces en Inglaterra era Eduardo I, abuelo del que tenemos figurando en esta novela : este era un príncipe valiente y conquistador; muy deseoso de aumentar su poder, fuese por las armas ó por la política, y cuando los dos medios le faltaban, por la astucia. Esta vez la Providencia parecia hallarse dispuesta á favorecer su ambicion.

Eduardo I tenia un hijo llamado lo mismo que él, que debía reinar bajo el nombre de Eduardo II. De este es del que hemos oido contar su trágica muerte de boca del asesino Maltravers, que ahora, como nuestros lectores recordarán, lo tenemos gobernador, ó por mejor decir, carcelero de la ex-reina Isabel.

Eduardo I pidió la mano de la virgen de Noruega para su hijo, y le fué concedida; pero en el mismo momento en que las dos cortes, con grandioso tren, hacian los preparativos para el enlace de los dos jóvenes príncipes, Margarita murió repentinamente, y como no quedaba un solo heredero directo de Alejandro III, el trono de Escocia se hallaba sin sucesor legítimo.

Diez grandes señores, que por un parentesco mas ó menos lejano del rey muerto pretendian la sucesion vacante, pusieron en estado de guerra sus bajeles, y se aprestaron á sostener su derecho por las armas. Como se está viendo, la tempestad de Tomás

el Poeta engruesaba á la vista de todos, y prometía para largo tiempo un cielo sombrío y tempuestoso.

La nobleza escocesa, á fin de prevenir las desgracias que debían resultar en aquellas guerras civiles, resolvió escoger por árbitro á Eduardo I, y de aceptar por rey, de entre los diez pretendientes á la corona, el que él escogiera.

Dos embajadores llevaron esta decisión al rey de Inglaterra, el que viendo el partido que podía sacar, aceptó sobre la marcha; y por los mismos mensajeros convocó al clero y la nobleza escocesa para el día 9 de junio de 1291, en el castillo de Norham, situado sobre la ribera meridional de Tweed y á la derecha misma donde esta ribera separa á la Inglaterra de la Escocia.

Al día señalado, los pretendientes no faltaron á la cita, y el rey Eduardo no se hizo esperar mucho. Atravesó toda aquella asamblea que él dominaba fácilmente, pues tenía un cuerpo tan alto, que los Ingleses le llamaban el rey de las piernas largas, se sentó sobre su trono é hizo seña al gran justiciero para que hablase.

Entonces aquel se levantó y anunció á los nobles escoceses, que antes que el rey Eduardo pronunciase su discurso, era menester que ellos reconociesen su derecho, no solamente como señor feudal del Northumberland, del Cumberland y del Westmoreland, lo que jamás había sido contestado, sino del resto del reino, lo que desde la renuncia de Ricardo había cesado de ser un objeto de contestacion.

Esta declaración inesperada produjo entre la asamblea un ruidoso tumulto; los nobles escoceses rehúsaron contestar antes de deliberar el asunto.

Entonces el rey Eduardo dió fin á la asamblea, no dejando á los pretendientes mas que tres semanas para hacer sus reflexiones. Al día predicho, la asamblea se halló reunida de nuevo; pero esta vez era á la otra orilla del Tweed, en el territorio escocés, en una explanada descubierta, llamada Upsettlington, y que sin duda Eduardo había destinado fuese allí, para que los pretendientes no pudiesen argüir á la fuerza. Al fin todas las precauciones habían sido tomadas en vano sin duda alguna, pues esta vez, á la proposición renovada de reconocer á Eduardo I por su señor feudal, ninguno hizo resistencia, y todos por el contrario respondieron que se sometían libre y voluntariamente á aquella condición.

Entonces empezaron á examinarse los títulos de los candidatos á la corona. Roberto Bruce, señor de Aunandale, y John Balliol, lord de Galleway, normandos de origen los dos, y descendientes igualmente de la familia real de la Escocia por una hija de David, conde de Huntingon, fueron reconocidos los mas próximos á la corona.

Eduardo fué al instante rogado que decidiera cuál de los dos quedaba rey, y nombró á John Balliol. En el instante, este se arrodilló, *puso su mano entre las del rey de Inglaterra y las selló con sus labios*, y se reconoció por vasallo y hombre ligado, no solamente para las tres provincias conquistadas, sino aun por el entero reino de Escocia.

Sin que la tormenta de Tomás el Poeta fuese disipada, ya había caído el rayo y había destruido la nacionalidad escocesa.

Balliol empezó á reinar; pronto sus actos y sus

órdenes llevaron la muestra de su carácter parcial é irresoluto. Los mal contentos se quejaron. Eduardo les dió valor para apelar á él las decisiones de su rey; mas no hicieron falta. Eduardo formó un gran agravio, verdadero ó falso, y mandó á Balliol á comparecer ante la corte de Inglaterra.

A este mandato, Balliol sintió herido su amor propio en venir siendo rey á ser juzgado por otro rey; y por consiguiente rehusó positivamente. Eduardo reclamó entonces como garantía de soberanía el haber puesto sus manos entre las del rey de Inglaterra, y le pidió las fortalezas de Berwik, Roxburgh y Jedburgh; Balliol respondió levantando un numeroso ejército, y haciendo decir á Eduardo que dejaba de reconocerlo como su señor feudal; y franqueando los límites de los dos reinos, entró en Inglaterra.

Esto era todo lo que deseaba Eduardo; no era bastante para él que la Escocia fuese vasalla; él la quería tener esclava. Armó pues un grueso ejército y marchó contra Balliol; á la primera jornada de camino, un caballero, seguido de varios guerreros, se presentó á Eduardo, y le rogó le permitiese tomar parte en la campaña, combatiendo con los Ingleses.

Este caballero era Roberto Bruce, competidor de Balliol.

Los dos ejércitos se encontraron cerca de Dumbar; los Escoceses, abandonados desde el principio del combate por su rey, fueron completamente vencidos. Balliol, temiendo ser hecho prisionero, y tratado con el rigor de las leyes de la guerra, según se acostumbraba en aquella época, respondió que él mismo se presentaría en el instante, si Eduardo le aseguraba

la vida. Prestado el juramento, vino á buscar al rey al castillo de Royburgh, sin llevar en sus hombros el manto real, sin armas defensivas y ofensivas, llevando en sus manos una varilla por todo cetro, y declaró que llevado de los malos consejos de su nobleza, se había rebelado traidoramente contra su señor y dueño, y que en expiación de aquella falta, le cedía todos sus derechos y poderes reales sobre la tierra de Escocia y sus habitantes. Bajo esta condición, el rey de Inglaterra lo perdonó.